

De incalculables mundos, y los mundos
De innumerables seres, que revisten
Las más diversas formas; tú fecundas
Lo pequeño y lo grande, lo finito
Y lo infinito, el átomo y el cielo.
¡ Vida, aliento de Dios, mil veces salve!

XI

Desde la enhiesta y solitaria roca
Contemplaba el espíritu del monje
El viviente espectáculo, que apenas
Llegaba á comprender. Extrañas gentes,
De distinto color, de opuestos ritos,
Y múltiples costumbres, afluían
Al áspero sendero, como afluyen
Los ríos á la mar. Allí el etiope,
El escita, el que acampa en los desiertos
Del Africa recóndita, el que bebe
Las turbias aguas del sagrado Ganges
El indio errante sin hogar ni patria,
Que al traves de las selvas primitivas
Su ley, su Dios y hasta sus muertos lleva.
El que milita en la escogida hueste
De Cristo, el que le niega ó le desdora
Y da su vida en holocausto impuro
Al triunfal carro de mentidos dioses,
Por el error vencido ó por el miedo,

En la escabrosa senda se agolpaban.
Pero ¡oh misterio incomprensible! Aquella
Varia y revuelta multitud, que á impulsos
De opuesta fe, de símbolos distintos,
Y de contrarias religiones, iba
Siempre en interna y perdurable lucha,
El humano raudal acrecentando;
Su afán, sus esperanzas, sus temores,
Sus pensamientos íntimos, fundía
En una sola aspiración. — ¡ El cielo!...
¡ Patria soñada de las almas, trono
De un Dios excelso á nuestra vista oculto,
Cuyo poder, con vibración sonora,
Celebran en la bóveda infinita
Los átomos, los mundos y los soles!

XII

El cuadro era sublime. Por el fondo
De la cuesta fragosa, do las brumas
Iban aglomerándose, las razas
Inferiores marchaban; con incierto
Paso y corbade indecisión. Las torvas
Pasiones, los bestiales apetitos
Y los bárbaros cultos, se imponían
Allí en la oscuridad, que, como el fango
Crea reptiles venenosos, crea
La ignorancia también monstruos horribles.
— ¡No es, por desdicha, el fango de la mente?

XIII

Á medida que el límite sombrío
Iban salvando, y lentos se acercaban
Á las fronteras de la luz, aquellos
Pueblos se engrandecían, como crece,
Buscando el sol, la planta trepadora
Que arraiga en la pared. Según subían
Hacia la viva claridad, su juicio
Se agigantaba sacudiendo el yugo
Del instinto brutal, y al pensamiento,
Dominador del mar y de la tierra,
La fuerza primogénita cedía
Su fuero indisputado. Á Essáú velludo
eemplazaba Jacob.

XIV

Por el promedio
Del agrio monte, en donde humanos ojos
Fijarse pueden sin cegar, los pueblos
Avanzaban de Europa; iba delante
Roma sacerdotal, la sacra Roma,
Que el cetro de los Césares trocando
Por el cayado del Pastor, cual nunca
Era señora y árbitra del mundo.
¡Jamás autoridad más formidable
Sobre la tierra gravitó; las almas
Y los cuerpos, los muertos y los vivos.

El pensamiento y la esperanza, todo
Se doblegaba á su poder supremo!
La fe le daba apóstoles y esclavos,
La religion fervientes defensores,
El atroz fanatismo sus verdugos,
Sus fantasmas el miedo, sus angustias
El corazón culpado ó receloso.
Nada en el orbe amedrentado había
más alto que ella; su invencible signo
Sobre la áurea corona de los reyes
Se levantaba abrumador; la torre
Sobre el hogar, sobre la tierra, el cielo.
¡ El cielo, cuyas puertas de diamante
Se abren ó cierran á su voz! La santa
Y redentora Cruz, era el amparo
Del débil, el valor del oprimido
Y el espanto del réprobo. Por ella,
Febril é insomne el déspota orgulloso
Se revolcaba en su dorado lecho;
Por ella el triste, el misero, el desnudo,
El perseguido, el siervo, abandonaban
La ingrata vida sin odiar al hombre,
Ni renegar de Dios único y trino.

XV

Sobrecogida el alma de respeto,
Oraba, viendo la Ciudad Eterna
Que dirigía el movimiento humano

Agitarse á sus piés. Pero de pronto
Se estremeci6 de horror ; rojos vapores
De sangre hácia la cúspide ascendian,
Y en el aire espesándose tomaban
De alado espectro la terrible forma.
La bestia apocalíptica que en Patmos
Vió el inspirado Juan, la bestia enorme
De hirsutos piés, de coronadas astas
Y bocas de blasfemia, sobre Roma
Se dilataba como nube ardiente.
Su siniestro fulgor reverberando
En la ciudad monumental y excelsa,
La iluminaba cual voraz incendio,
Y á su rojizo resplendor, los muros,
Arcos, pórticos, templos y obeliscos
Que en su recinto amontonó la gloria,
Destacábanse negros, cual si fuesen
Las calcinadas vértebras de un monstruo
Por el fuego celeste devorado.
Buscaba el alma con creciente anhelo
La Cruz por todas partes, y por todas
La vió rota ó volcada; parecia
Que la Ciudad adúltera en su culto
Reintegraba á los dioses decaidos.
¿ Dónde estaba Jesus ? ¿ En dónde estaba
María, madre del dolor humano
Y estrella de los mares procelosos ?
¿ En dónde estaba la verdad ? ¿ En dónde ?
La erudicion infatigable ; el arte
Hermoso, pero idólatra la ciencia

Incrédula ó rebelde ; los deseos
Como sátiros, sueltos, se rendian
Á la más ciega admiracion pagana.
Uniendo el sacrilegio á la torpeza,
De *Moises* bajo la austera forma (5),
Júpiter palpitaba ; la afrodita
Vénus bajo las tocas virginales
De la Madre de Dios, si es que el lascivo
Pintor la imágen de su amor profano
Á su lienzo inmortal no trasladaba.
Las estatuas desnudas, los obscenos
Cuadros, los libros licenciosos, eran
Más que ornamento, escándalo y ludibrio
De la mansion pontifical ; sus muros,
Donde tan sólo resonar debian
Místicas oraciones, con el coro
De vergonzosas farsas retumbaban.
Ritos, costumbres, ceremonias, usos,
De la Roma gentilica, surgiendo
De sus clásicos antros removidos,
Cual el hedor que de las tumbas sale
Apestaban la tierra, y lentamente
Iban velando el resplandor fecundo
De la gloriosa Cruz (6).

XVI

De espanto llena,
Vió el alma por los ámbitos sombríos

Hosco cruzar y lívido el espectro
Del papa Borja con crispada mano,
Sacudiendo su túnica empapada
De hirviente sangre, y vió que cada gota
En lúgubre fantasma convertida,
Iba aumentando la legion siniestra
De vengadoras víctimas que al monstruo
Con sordos anatemas acosaban.
Descubrió luégo la iracunda sombra
Del papa Julio, de áspero semblante
Y mirada tenaz, que revestido
De milanese cota y férreo casco,
Con belicoso ardor en lid sañuda,
Rezaba y combatia, al propio tiempo
Bendiciendo y matando con su espada.
Y oyó tras esto el eco estrepitoso
De las brutales risas con que Roma
Acogió torpe la piedad severa
Del pontífice Adriano, fugitivo
Rayo de luz, que iluminó un momento
Aquel antro de crímenes y orgias.

XVII

Ante este cuadro de ignominia, el alma
Al cielo alzó las impalpables manos;
Cayó de hinojos en la roca viva,
Escondiendo su faz, y con acento
Que en su conciencia resonó tan sólo

Cual queja acusadora:— ¡ Oh Roma! —dijo—
¡ Roma! ¿ Qué has hecho de mi Dios?

XVIII

Entónces,

Como si su patético gemido
Diese al fantasma portentosa vida,
La vision imponente de la Duda
Creció, se irguió, se dilató cual nube
Que el claro espacio de improviso invade,
Y de sus ojos dasbordó la sombra
Como una inundacion; fijó su triste
Y amorosa mirada en el confuso
Espíritu del monje, que en la dura
Y estéril peña oraba prosternado,
Y un silencio mortal reinó en la altura.

CANTO TERCERO

I

Entregada al dolor, miéntras reñian
Decisiva batalla en su conciencia
La fe imperiosa y la razon rebelde,
El alma en su actitud desconsolada
Largo rato gimió. — La interna lucha
Del pensamiento que á dudar se arroja,
No cuesta sangre, ni ocasiona heridas,
Pero siempre es mortal. — Acrecentando
Del abatido espiritu la pena,
La voz de la vision, que como el eco
De música lejana, dulcemente
Del pobre monje acarició el oído,
Asi le habló con ritmo cadencioso.

LA VISION

Al cabo se cumplieron
Las santas profecias
Y Babilonia impura
Esclavizó á Isráel ;
Pero contados tiene
La iniquidad sus dias
Y á realizarse empiezan
Los sueños de Daniel.

Sus olas cenagosas
La corrupcion extiende ;
Estallan por do quiera
Los síntomas del mal ;
En público mercado
La salvacion se vende,
Y cubre densa bruma
La Cruz pontifical.

La mano que bendice
De sangre está teñida,
La simonia avanza
De la soberbia en pos ;
El claustro es madriguera
Donde la culpa anida,
Y de sus propias aras
Está proscrito Dios.

Atrévete y derriba
Con indignada mano
El ídolo que usurpa
Su trono á la virtud.
Quebranta las cadenas
Del pensamiento humano,
Y rompe de las almas
La torpe esclavitud.

Despierta las conciencias
Que embrutecidas duermen,
Y el mundo alborozado
Se postrará á tus piés.
En el profundo surco
Arroja el vivo gérmen,
Y los futuros siglos
Recogerán la mies.

No es digno de ser hombre
Quien en silencio llora.
¿Por qué no se aventura
Tu firme voluntad?
Airado busca el cielo
La espada vengadora,
Que ataje la gangrena
De la presente Edad.

La imprenta infatigable
Te prestará su ayuda
Contra el poder que eclipsa
Los timbres de la Cruz.
Que el Verbo, ántes hundido
En servidumbre muda,
Por Guttemberg librado
Ya es voz, ariete y luz.

El mal en sus entrañas
Oculto el cáncer lleva,
Y al más ligero impulso
Deshecho rodará.
Que si en la muerte sólo
La corrupcion se ceba
Todo lo que aparece
Podrido, muerto está.

Calló la voz, y el alma consternada
Sintió, vencido en interior combate,
Su fe heredada vacilar, cual suele
Peñon movable en eminente sierra
Retemblar por los vientos sacudido.
¡Ay, que no es fácil arrancar del fondo
Del corazon humano, las memorias
De la edad infantil! Sencillas preces
Que amante madre en su regazo tierno
Nos enseñó á rezar, ¿quién os olvida?
El templo augusto do por vez primera,
Con religiosa admiracion, alzamos
El pensamiento á Dios; la pila, el ara;
El Crucifijo humilde, santa herencia
De la familia, que en el trance duro
De la agonía, el postrimer aliento
De los que fuéron recogió; la torre
De la natal aldea, á cuya sombra
Se cobijan los rústicos hogares,

Cual tímidos polluelos en su nido,
Bajo el ala materna; la solemne
Y monótona voz de la campana,
Que en otro tiempo al despuntar la aurora
Y al declinar la tarde, parecía
Invitarnos á orar, dulces recuerdos
Son de la casta infancia, y sobreviven
Á la extinguida fe. Que puede el rayo
Echar por tierra el centenario roble,
Mas no arrancarlo de raíz.

II

¡Cuán fiero,

Cuán amargo es el tránsito del alma
Que deja el seno de la fe, y se acuesta
En el lecho de espinas de la duda!
Penas, insomnios, sombras y terrores
Le asaltan en monton, y son sus días
Negros como el pesar; la sed le abrasa
Y no encuentra raudal que la mitigue;
Su pensamiento es un puñal que lleva
En la conciencia hundido, y tiembla y llora.
Quiere rezar y su rebelde labio
Se niega á la oracion, alza los ojos
Y ve el cielo sin luz, demanda auxilio
Y muerto el eco á su clamor parece:
Es como nave náufraga perdida
En proceloso mar y en noche oscura,

Á punto ya de sucumbir. El triste
Y atormentado espíritu del fraile
Sintió esta angustia punzadora. En vano
Quiso escapar del riesgo: fuerte nudo
Le sujetaba al empinado risco
Cual si arraigase en él. Sobre su frente
La vision melancólica extendia
Su abrumadora diestra, á cuyo peso
La débil alma se doblaba como
Endeble ramo bajo el propio fruto;
Con hondo horror del polvo de los siglos
Alzarse vió las osamentas rotas
De cien generaciones, que en revuelto
Y animado tropel le amenazaban,
Fijando en él sus órbitas vacías
Y gritando con ira inextinguible:
— ¡Apóstata, traidor! —

III

Bajo el influjo
De tan contrarios sentimientos, ciega
Y trastornada el alma soñadora,
Perdió el sosten, y con pasmoso estruendo
Rodó de la alta cumbre en que se erguia.
De roca en roca, como alud que baja
De inaccesible monte derrumbado,
Con ímpetu cayó, no conocido,
Hasta los bordes de la inmensa sombra
Que llenaba el abismo pavoroso

Bajo sus piés abierto. ¡Oh perdurable
Y terrible caída, que recuerda
La de Luzbel desvanecido! ¡Nunca
Llegará el alma despeñada al fondo
De la insondable sima! ¿Tiene acaso
La duda fin y limite el anhelo? —
En vano el monje en las cortantes grietas
Buscaba apoyo, y contener queria
Su rápido descenso, como el ave
Que herida en el espacio y moribunda,
Con las últimas ansias aletea.
Á la presión de su insegura mano
Los peñascos cediendo, con medroso
Estrépito tras él se desprendían,
Cual si al romper su agobiadora cárcel
El ígneo monstruo que oprimido gime
En las entrañas de la tierra, el mundo
Hecho pedazos á su Dios lanzara.
Aquella ingente mole de granito
Aglomerada por los siglos, obra
Del misterio y la fe, con ronco estrago
Se estremecía en su inmutable asiento,
Y el alma al par con las hendidas peñas
Que arrancaba de cuajo la convulsa
Revolucion del monte, desolada
En la noche sin fin se sumergia.
Los enormes fragmentos de la roca
Que á su paso saltaban, impelidos
Por fuerza oculta en progresion creciente,
Ante su vista atónita tomaban

Fantásticos contornos, y en el aire
Cambiaban sin cesar. Góticos templos,
Labrados claustros, toscas esculturas,
Altares y sepulcros, en ruidoso
Remolino de escombros le seguian,
Como si el orbe todo desquiciado,
Detras del alma al precipicio fuera
Llevado por el vértigo.

IV

En su rudo
Y estéril batallar, oyó en la altura
Una gran voz que, dominando el sordo
Fragor de la catástrofe, clamaba:
— ¡Venci, venci, venci! ¡La tierra es mia!—
Al escuchar tan formidable grito,
Que como el són de la final trompeta
Retumbaba en la tierra y en los cielos,
Cayó el doliente espíritu en insano
Y profundo estupor, cerró los ojos,
Para no ver la temerosa ruina
Donde iba envuelto, y desde aquel instante
Nada vió, nada oyó.

V

Mas ¡ay! apenas
Se sobrepuso á su mortal congoja,

Preso en el cuerpo que dejó en el coro
Abandonado como prenda inútil,
Se halló otra vez, absorto y confundido.
En el humilde lecho de su celda
Postrado estaba el mísero, y los monjes
Con solícito afán le rodeaban.
Incorporóse con terror, clavando
En ellos la mirada escrutadora,
Como el que, salvo del peligro, empieza
Á darse cuenta de él.—¿Dónde estoy, dónde?—
Tímido preguntó. Sereno y grave
Llegósele el Guardian : — Dad, hijo mio,
Gracias á Dios — le respondió apacible —
Que os apartó del borde de la fosa.
Habeis estado como muerto. — ¡ Y muerto
Estuve ! ¡ oh padre ! — el infeliz repuso. —
¡ Ya no soy lo que fui ! Pesa en mis hombros
La grosera cogulla, y me avergüenza
Mi antigua sumision. ¡ Rompo mis lazos !
¡ Cobro mi libertad ! ¡ Nazco á la vida !
— ¡ Calla, blasfemo ! — el superior gritóle
Con alterada voz, mientras dudosos
Los frailes se alejaban repitiendo :
— ¡ Loco debe de estar ! — Mudo y sombrío
Inclinó el triste la rugosa frente
Y quedó en su dolor como abismado,
Hasta que al fin, alzando de improviso
La vista hácia el Guardian, que al pié del lecho
Con paterna inquietud le contemplaba,
— ¡ Padre — le dijo — el hábito me quema

Y le arranco de mí ! ¡ Dios me ilumina ! —
Despavorido y trémulo el anciano
Con voz entrecortada por el lloro,
—¿Qué intentas, di?—le preguntó.—Y el fraile
Irguiendo la cabeza en són de lucha,
—¡ Vencer á Roma !—contestó.—¡ Eso quiero !—
El venerable religioso entónces
Tendió sobre él la mano temblorosa
Y con torvo ademán gritó : — ¡ Anatema !
Ya que indomable orgullo te desliga
De nuestra santa fe, siglos y siglos
La maldicion del cielo te persiga ! —

FIN

NOTAS

I

No fijo ni determino el año del siglo XVI en que mi poema se desenvuelve, porque equivaldría á dar valor histórico á una creación puramente fantástica; pero claro es que no habría podido ocurrir sino algun tiempo ántes de que Martin Lutero se hubiese resuelto á presentar sus noventa y cinco proposiciones contra el abuso de las Indulgencias, y principalmente contra el imprudente tráfico que con las bulas hacia Juan Tetzl, dominico de Pirna, comisionado por el Arzobispo Elector de Maguncia, para expender las que correspondian á Alemania y recaudar su importe.

II

He procurado representar en el cuadro á que se refiere la presente nota, la poderosa influencia que ejerció en el crecimiento de la reforma el estado de relajacion moral y de ignorancia presuntuosa á que había llegado el clero regular de toda Europa en aquellos tiempos calamitosos. Mucho ántes de que Lutero se declarara en rebelion abierta contra Roma, y quizas cuando

todavía no había pensado en lanzarse por el camino que despues siguió hasta el fin, habiase levantado una protesta general en toda la cristiandad contra el abismo de corrupcion, de codicia y de libertinaje en que había caido el elemento religioso de aquellos tiempos, y muy singularmente el monacal. Aprovecharonse de la revolucion, que Lutero iniciaba, los apetitos desordenados, las pasiones mal contenidas en el claustro, la perturbacion espantosa de las costumbres eclesiásticas — como en la edad presente se aprovecha la demagogia de las libertades públicas que ha traído el generoso progreso de los tiempos — para romper todo freno y ofrecer el concurso de muchos frailes apóstatas y lividinosos á una doctrina que abolia el celibato del clero, prescindia de la Gracia y declaraba inútiles las buenas obras, las mortificaciones de la carne y la virtud regeneradora de la penitencia.

III

Es costumbre tradicional en la poesia y en la pintura la de presentar con feos colores y horripilante aspecto las visiones de la tentacion. En este punto he querido apartarme de la práctica establecida, porque creo que para que haya algun mérito en desoir las sugerencias de la culpa, es menester que ésta se nos muestre insinuante, hermosa é irresistible. Sin poseer, por desgracia, la virtud inquebrantable de San Antonio, tengo para mí que la mayor parte del género humano habría rechazado, como el glorioso anacoreta, el halago y la seduccion de los caprichosos monstruos que le asaltaron en el desierto, segun se ve en los cuadros de Bosch,

Breughel y Teniers y en las estampas de Schöngauer y Callot. Pinto la duda hermosa y atractiva, porque en realidad lo es. ¡Ojalá no lo fuera tanto!

IV

La humanidad ha caminado, y probablemente caminará hasta la consumacion de los siglos, entre dos hipótesis y dos términos, que siempre se resistirán á su inteligencia; la hipótesis luminosa que afirma, y la hipótesis oscura que niega, ambas cerradas á la razon aunque la primera no lo esté á la fe, con cuyo auxilio eficaz el espíritu se eleva á Dios, le conoce y confiesa, le admira y le ensalza. En el terreno de la controversia humana Dios es impenetrable, y si no lo fuera dejaria de ser Dios, porque su omnipotencia infinita no cabe en los estrechos límites de nuestro pensamiento.

En el orden de los hechos y en la sucesion de los siglos, la humanidad marcha tambien entre dos términos igualmente invisibles: lo porvenir que ignora y lo pasado que olvida. La Providencia divina sólo entrega á nuestro conocimiento el minuto presente, y lo poco que cabe en el reducido marco de la Historia.

Esta dos hipótesis y estos dos términos son los que he tratado de representar en la abrupta roca á donde, en compañía de la Duda religiosa, trasporto el alma de Lutero. Confieso que la materia es demasiado abstrusa para la poesia, y pido perdón al lector por no haber sabido sus-trarme á la tentacion del asunto.

V

La estatua de Moises, que labró Miguel Angel por encargo del papa Julio II, revela la profunda admiracion que el insigne escultor sentia hácia la antigüedad clásica, y no sin razon se ha dicho de aquella obra maestra que más que al rígido legislador hebreo, parece representar á Júpiter Olímpico.

Respecto de Rafael Sanzio, nadie ignora que su querida, la Fornarina, le sirvió con frecuencia de modelo para pintar á la Madre de Dios.

VI

Como es sabido, el renacimiento pagano que la invencion de la Imprenta y la caída del Imperio bizantino desarrollaron en el mediodia de Europa y sobre todo en Italia, llegó en Roma y en Flórencia á su mayor apogeo en el siglo de Leon X. Las letras, las artes, las ciencias, hasta las costumbres, que fuéron entonces descaradamente licenciosas, sufrían la influencia de aquel movimiento anticristiano. El cuadro que de ésta época trazan los escritores ortodoxos, me ha servido con las necesarias atenuaciones que el respeto de las cosas sagradas me inspira, para trazar el mío, y pueden convencerse de esta verdad, sin ir más léjos, cuantos lean ó recuerden lo que sobre tiempos tan corrompidos refiere César Cantú en su *Historia universal*, obra eminentemente católica, que anda en manos de todos.

INDICE

El Vértigo	3
La Selva oscura	25
Idilio.	58
Ultima lamentacion de Lord Byron	88
Elegia	121
La duda	133
La vision de Fray Martin	145